CAPÍTULO 2.

Ella-Estamos de nuevo acá. Pasó un mes desde la última vez. Llegamos muy tarde porque habíamos dicho que no íbamos a salir. Yo estaba tirada en el sillón viendo una serie, pero a las tres de la mañana no sé, me pintó y mandé un mensaje y los pibes se coparon. Entramos. Atravesamos la cortina bordó que aísla la música del afuera. Suena *Michael Jackson, Beat it*. Atravesamos el mar de gente -tampoco hay tanta- y antes de llegar a la barra lo veo. Me sonríe. Me saluda con la mano así, de lejos. Tiene puesta una remera negra.

El pibe de remera blanca- Está ahí, con los mismos amigos de la otra vez. No me animo a ir a saludarla. La saludo desde lejos. Se acerca.

Ella- "Hola".

El pibe de remera blanca- "Hola". Me sonríe.

Ella- "¿Cómo estás?"

El pibe de remera blanca- "Desapareciste".

Ella- "Estuve enferma". Le digo. "En el hospital. Por eso, tenía ganas de verte, pero no pude".

El pibe de remera blanca- Suena a excusa. Tiene los labios gorditos. Como esponjosos. Se pasa la lengua todo el tiempo por el labio de arriba y después por el de abajo, como si los tuviera secos. Me le acerco y la beso. Uno de sus amigos nos mira mal. Están húmedos. Tiene gusto a cigarrillo. No, a porro.

Ella- Me besa. Sabe a Fernet. Apretamos contra una pared. La pared está húmeda. Debe ser transpiración de otros, pienso. Lo invito a mi casa. Me dice que sí. Nos vamos.

El pibe de remera blanca- Le doy un billete de cincuenta para el taxi. Me da vergüenza. Es un billete todo abollado. Ella paga. Nos bajamos en la puerta de su casa. No sé dónde estoy.

Ella- Subimos. Apretamos en el ascensor. Contra el espejo. Contra la reja. Contra la botonera. Aprieto stop con la espalda sin querer. Seguimos subiendo. Frenamos. Como puedo abro la puerta. Entramos así, a los besos.

Me saca la remera. Le desabrocho el pantalón. No, antes tiene un cinturón. Odio los cinturones. Lucho y se lo saco. Mientras, lo llevo a mi cuarto.

El pibe de remera blanca- "¿Con quién vivís?"

Ella- “Sola”. Me empuja a la cama. Cierro los ojos. Siento los pelos de su barba cepillándome la mejilla, la pera, el cuello, el pecho, el ombligo. Mierda, hace mucho calor en mi habitación. Me sofoca. Siento sus dedos fríos en contraste con el hervor de mi cuerpo. Se me viene de pronto una imagen del pasillo de la casa de una amiga de la infancia. Me tengo que concentrar, pienso. Fotos de Brigitte Bardot desnuda colgadas en la pared del pasillo. No sé por qué pienso en eso. Abro los ojos. Es hermoso.
El pibe de remera blanca- Estoy nervioso. Es demasiado linda. Dije que era un poco más grande. Le mentí. Le mentí con muchas cosas. Se saca la remera. Pienso en Sofía. Hago el intento pero no puedo parar de comparar entre el cuerpo de una y la otra.
Ella- Le saco la remera. Pienso en cuándo fue la última vez que me gustó así tanto una persona. Hace mucho, me respondo en secreto. Beso y me dejo besar. Algo pasa, no sé, frena. Tiene nombre de viejo, pienso.
El pibe de la remera blanca- No sé, no puedo. “Estoy muy borracho”, digo, pero intuyo que no es por eso. Ella me mira, hace una pausa y me dice que todo bien, que “tranqui”, me apoya la cabeza entre el hueco de mi hombro y mi brazo y se queda dormida.
Ella- Abro los ojos. Tengo el hueso de su hombro clavado en mi mejilla. Lo babee un poco. Lo limpio y espero que no se dé cuenta. Veo que entra la luz del día por la puerta entreabierta, estiro el brazo, miro la hora, son las doce y media. Su piel es suave. Me muevo a ver si se despierta. Lo logro.
El pibe de la remera blanca- Tengo los ojos cerrados. La siento moverse. Me sacude y escucho que susurra mi nombre. Se me parte la cabeza. Su cama es cómoda. Pienso que su almohada es mejor que la mía.
Ella- “¿Querés desayunar?” De repente tengo un recuerdo: a mitad de la noche sonó un teléfono, era el de él: dormía profundo (de borracho), lo sacudí y se fue al baño a hablar. Seguimos durmiendo. “Tengo café, té, galletitas de agua, eso.”

El pibe de la remera blanca- Es graciosa. Desayunamos juntos. No para de hablar. Me cuenta que trabaja en un taller mecánico, que son todas mujeres, que heredó la casa, que no tiene hermanos, que le gustan Los Redondos, pero baila Reggaetón también, que los domingos juega al fútbol a la tarde, que se lleva muy bien con la madre y con una tía, que le gusta tomar mate en el parque y que se fue de vacaciones a San Bernardo. Toca la guitarra, un poco el piano, canta y le gusta tener plantas. El desayuno dura veinte minutos pero ella encuentra la manera de meter toda esa información en ese breve lapso de tiempo. Es una especie de don. Vibra mi celular.

Sofía- “Buen día amor”.
Ella- Me prepara un café. Me explica cómo le gusta. Se lo prepara. Observo. Junto todos esos datos de él que sé que en un tiempo ya no me van a servir para nada. Hablo de muchas cosas. Él me cuenta que tiene una banda, que el sábado tocan en un bar, le pregunto en cuál, pero me contesta otra cosa: me dice que vive con su mamá y su hermana y que para ir a la facultad pasa casi todos los días por la avenida cerca de mi casa.
El pibe de la remera blanca- “Me voy”. Levanto la taza, la dejo en la pileta, junto mis cosas y me voy.
Ella- “Nos vemos”. No sé por qué digo eso cuando abro la puerta. No sé si nos vemos de nuevo. Me da un beso en la mejilla lo cual me resulta extraño y se va. Subo a mi casa, entro y descubro que se olvidó su encendedor, sus cigarrillos y al rato veo el cargador de su teléfono conectado a mi pared. Me pongo contenta.
El pibe de la remera blanca- Me subo al bondi. Seguro que piensa que soy un idiota. Miro el teléfono. Le contesto a Sofi, con desgano y culpa. Miro por la ventanilla y pienso que tengo un quilombo en la cabeza. El cargador.
Ella- Pasan un par de días y no hablamos. Voy al taller. No hago nada. Nunca hago nada. Más bien nací para la inmovilidad que para otra cosa: hablo y les cebo mate a las demás mientras trabajan. Miro el teléfono frenéticamente y constato que no hay nada. Me empiezo a comer las uñas, me saco las cutículas hasta que me despellejo.